

ble para una orientación efectiva de la enseñanza en Chile y en especial de la superior.

Sin eufemismos, con lucidez, el Dr. Martínez Bonati ha reiterado sus planteamientos, puestos en práctica en la progresista Universidad que dirige. Vienen abonados, en consecuencia, por el éxito de una etapa que ha tenido momentos difíciles, superados por una firme voluntad creadora y rectificadora de valores fundamentales.

Sería muy deseable que los alumnos de las Universidades chilenas leyera este discurso. Sus conceptos son dignos de meditar para luego ponerlos en práctica, en momento que no cabe desatender la importancia de estas corporaciones en la vida nacional, que sería más fructífera aún si se dejaran de lado tareas irrelevantes, se les situara al margen de todo partidismo y se caracterizaran por la sólida formación impartida a los educandos.

T. P. M. H.

<https://doi.org/10.29393/At412-61CDTM10061>

Para una meditación de lo chileno, de CARLOS A. CRUZ.

El chileno, un desconocido, de HORACIO SERRANO PALMA.
(Santiago, 1965)

He aquí dos importantes ensayos sobre la chilenidad, que se unen a las páginas esclarecedoras que sobre este punto han escrito, entre otros, Francisco A. Encina, Jaime Eyzaguirre, Joaquín Edwards Bello y Benjamín Subercaseaux.

Urge, en verdad, que el chileno encuentre su destino personal y societario sin tener que recurrir a aportes foráneos. Una característica señalada de la época que vivimos es el permanente abandono de lo nuestro, de lo que nos es propio e irremplazable, para adoptar, en vez, doctrinas de toda índole emanadas del extranjero. "Un complejo de inferioridad —ha dicho Jaime Eyzaguirre— nos lleva a la copia servil, que es la antesala del fracaso".

Carlos Alberto Cruz Claro, autor de *Para una meditación de lo chileno*, ha formulado un bien pensado llamamiento a reflexionar sobre un tema de tanta enjundia, aportando no pocos antecedentes que merecen la más detenida consideración.

En breves capítulos aborda algunos aspectos de nuestra espiritualidad, tales como pintura, arquitectura, letras y folklore, o de la realidad física nacional. Pulcea ilustraciones dan categoría gráfica a la edición, inexplicablemente reservada para cien poseedores.

Pero Carlos A. Cruz no ha propuesto a quien se impone del contenido de su obra conclusiones específicas, sino que se ha limitado a proporcionar los elementos de rigor, para elaborar una teoría sobre qué debe

ser lo chileno, a cuáles metas debe encaminarse, con qué espíritu debe afrontarse la empresa.

Es un criterio singular.

Otros habrían preferido detenerse en la radiografía de lo que es lo chileno, en su actual dimensión, pero el debate parece estéril. ¿No resulta más provechoso que meditar sobre la estricta concepción del fenómeno de estos días, plantear metas, dignas de audiencia, sobre todo en momentos críticos para la nacionalidad, cuando se intenta debilitar sentimientos que deberían ser objeto de veneración?

Estimamos que sí.

Luego de definir los aportes español y nativo, Carlos A. Cruz se da a la búsqueda en diversas disciplinas, de todo lo que permita configurar el alma nacional. Nuestros monumentos literarios y plásticos son sometidos a hondo examen, que busca hasta en los detalles la sustancia espiritual que dé elementos de juicio.

En las distintas etapas de la vida cívica chilena se repite la indagación, llevada a cabo con rigor crítico que impidió, afortunadamente, se consideraran sin una discriminación acuciosa las fuentes de trascendencia.

Sorprenden gratamente las eficaces conexiones que el señor Cruz Claro ha hecho de los diversos sustratos espirituales, de todo nivel. Demuestra, por tanto, que su competencia se extiende a ámbitos que se acostumbra a enfocar por separado, sin establecer contactos entre ellos.

El autor, al concluir su provechosa investigación, manifiesta que "se ha cerciorado de la verdad de nuestra individualidad y de la importante necesidad, imperiosa y sistemática, de encontrar nuestra realidad racial y expresiva como fundamento de cualquier proceso espiritual a construir".

Cabe celebrar esa posición —no así el galicismo empleado—, solventada constructivamente por un análisis de categoría. Quisiéramos que esta actitud fuera compartida por otros intelectuales, con los pies bien puestos en la tierra y con las facultades sensitivas aguzadas en procura de horizontes venturosos.

Por lo menos Carlos A. Cruz debe tener la satisfacción de haber escrito su "mensaje", que es un llamado a la rectificación bienhechora, que sobre todo cabe a la juventud impulsar con decisión.

Estamos convencidos que *El chileno, un desconocido*, de Horacio Serrano Palma, debió merecer el Primer Premio en el Concurso de Ensayos COPEC y no una mención honrosa. Todos los demás trabajos, sin excepción, son meras divulgaciones, estando desterrada la originalidad y la novedad.

Hacia el final del volumen que reúne los trabajos distinguidos, vienen las páginas que Horacio Serrano ha consagrado a la crítica del carácter nacional. Anteriores títulos suyos —como *¿Por qué somos pobres?* (1959) — han enfocado con gran propiedad a Chile en radiografías ajenas a adulaciones interesadas, a demagogias de corte intelectual.

Hay que celebrar su criterio insobornable y su visión sagaz.

En *El chileno, un desconocido* hace presente el desconocimiento que el hombre del país tiene de sus aptitudes genuinas, de sus vicios y virtudes. El chileno aprende en las aulas muchas cosas inútiles, sin tener idea de su propia fisonomía. Así se da pábulo a leyendas grotescas sobre el carácter nacional; al ignorar su idiosincrasia y la de aquellos que le precedieron se incurre en errores fatales.

Sin contar con vínculos con la tradición nacional y sin horizontes alentadores se produce un vacío irremediable. Las elecciones que se hacen no son acertadas, brotan al poco tiempo críticas demoledoras, se pierde la confianza depositada irrestrictamente. Abundan, por ello, los desengaños prematuros, las esperanzas aventadas.

Y todo esto, ¿por qué? Pues el chileno, a juicio de Horacio Serrano, no tiene un concepto cabal de sí mismo, de lo que aspira. Suscribe, por tanto, una hipótesis que los chilenos como grupo no se suman a sí mismos, sino que se restan.

Los que llegan al poder desbarran, en circunstancias que alejados de él demostraban buen criterio y decisiones afortunadas. En la entrega de la Patagonia y en la adopción del papel moneda se evidenció que los que tomaron tales resoluciones "ignoraron que en conjunto eran inferiores a ellos mismos como individuos y no titubearan en abrir la caja de Pandora de la que han salido todos los males, con la diferencia, respecto a la leyenda griega, que en el caso nacional no quedó en la caja ni la esperanza".

El autor se pregunta si los que pusieron en práctica ese criterio habrían aceptado perjudicar sus intereses particulares; la respuesta es, obviamente, negativa, "porque como gobernantes no valían tanto como individuos; porque sus condiciones de estadistas no se sumaron sino que se restaron, porque el conjunto hizo lo que ninguno individualmente habría hecho".

Luego Horacio Serrano enfoca el drenaje de divisas en 1961 y lo que denomina la guerra del Lauca, dos sucesos ampliamente debatidos en nuestros días, para extraer una conclusión similar: las capacidades de los que enfrentaron ambas situaciones no se sumaron, sino que se restaron.

Lejos de halagar, el ensayo de Horacio Serrano, bien escrito y bien pensado, quema por sus afirmaciones todas respaldadas. Un escritor de su inteligencia penetrante, de conocidos anhelos de bien público, de capacidad de observación y comparación merece que se dispense a sus escritos la debida atención. En ellos se da la clave del problema, dejando, ciertamente, el ánimo reconfortado.

TOMÁS P. MAC HALE

NOTAS A UN POEMA DE CARLOS SAHAGÚN

El poema que queremos comentar forma parte del libro "Como si hubiera muerto un niño", Barcelona 1961 (Sahagún tan sólo ha publicado otro libro: "Profecías del agua", Madrid 1958) y ha sido seleccionado para for-